



**Yo Pienso Como
un Hombre**

Yo Pienso Como un Hombre

F.T. Wright

Publicado por la:
COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:
Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft
Waldstrasse 37
D-57520 Dickendorf
Alemania

Título original en inglés:
I Think as a Man

Primera edición:
Julio 2000

(I Think as a Man, Spanish edition)

La Portada:

El hombre está siempre buscando probar los secretos de este mundo y del más allá. Se considera a sí mismo iluminado y realizado. Con la luz que tiene, cree que posee la habilidad para evaluar correctamente esas cosas que ha descubierto y en las cuales escudriña. Desde su punto de vista, cree que está revisando todas las cosas correctamente y se satisface de continuar pensando como un hombre.

Pero los instrumentos con los cuales intenta sondear todas las cosas son débiles, y su iluminación es menos de lo que comprende. Estas limitaciones no sólo han afectado su entendimiento y evaluación de su mundo material, sino que lo han guiado a conclusiones incorrectas acerca del carácter de su Creador.

Para ser salvo de sus falsos conceptos de Dios, el hombre necesita dejar de pensar como un hombre, y comenzar a pensar como Dios piensa. Cuando la luz de Dios llegue a ser la base para la evaluación del hombre, él entonces verá a Dios como realmente es.

Indice

En Resumen.....	7
Yo Pienso Como un Hombre	9
— Otra manera de pensar	12
— Otra opinión.....	15
— La pregunta crucial.....	18
— Dones de amor.....	20
— La vara de Moisés.....	30
— Por qué no antes.....	38
— Purificación del templo.....	39
— El testimonio de la cruz.....	41
— Conceptos más elevados y más santos.....	45

En resumen

El propósito de este artículo es poner en movimiento un tren de pensamientos destinado a destruir las desafortunadas y falsas concepciones acerca del carácter de Dios, las cuales han limitado el alcance espiritual de los hombres a partir del surgimiento del pecado.

La publicación establece principios que son muy básicos para una comprensión del tema, pero no responde específicamente muchas preguntas que surgirán.

Una obra mayor titulada *Ved Aquí al Dios Vuestro* da un cubrimiento comprensivo de este extenso tema salvador, y ella responde muchas preguntas que se dejan sin tocar en esta publicación.

El estudio del carácter de Dios como se revela en la vida y en las enseñanzas de Cristo y, de hecho, a través de todas las Escrituras, es un estudio del más alto valor posible. Correctamente entendido, es la clave de la vida eterna.

Que cada lector de estas páginas, bajo el ministerio del Espíritu Santo, se libere de las ideas de los caprichos humanos para pensar y para hablar las palabras de Dios.

Yo Pienso Como un Hombre

Durante días la lluvia caía en constante torrencial. La antigua represa de tierra tenía treinta y cinco años. El agua, turbia y arremolineante, alcanzaba casi a su tope. La lluvia continuaba todavía.

En el valle del río, los moradores estaban por salir a sus negocios, deseando que la lluvia cesara pero se ponía poca atención más allá de eso.

Luego sucedió.

Las paredes de tierra temblaron bajo la inmensa presión de múltiples toneladas de agua, crujieron, luego explotaron hacia fuera, soltando un muro en ola de diez metros de altura conen rugiente y salvaje destrucción, que corría a la velocidad de un tren expreso por encima de todo lo que se hallabaestaba en su curso.

Cuando pasó su breve furia, treinta y nueve personas estaban muertas y cuarenta y cinco seriamente heridas. Edificios y vehículos fueron embesitados y convertidos en trastos sin valor.

Naturalmente, las compañías de seguro describieron la tragedia como un “acto de Dios”. Por supuesto, ellos pensaban como hombres.

Por encima de la selva evaporante de una isla del sur, un volcán levantó su imponente cumbre. Recientemente, había retumbado y humeado, motivando a

los aldeanos a que lo consideraran con bastante aprensión. Luego llegó el día cuando poderosas explosiones reventaron el aire. Hirviente lava fluyó sobre la ladera y avanzó inexorablemente sobre las aldeas abajo. Casas fueron consumidas en llamas, las cosechas fueron arrasadas, y las pérdidas de ganado fueron enormes. Los moradores huyeron por temor de sus vidas, tomando finalmente el evaporante mar sobre canoas.

Con rostros sobrios y reverentes se decían unos a otros que Dios estaba disgustado con ellos y que debían desarrollar un método para apaciguarlo.

Esto es pensar como un hombre.

Un hombre que había gozado siempre de buena salud, se enfermó seriamente. Limitado a un lecho de sufrimiento y dolor en el hospital, sus pensamientos recurren a Dios por consuelo. Tomó la Biblia de un lado de su cama y, abriéndola por primera vez en su vida, inició la lectura en el libro de *Génesis*.

Pasando los registros de la creación y la caída de Adán en *Génesis*, llegó a la historia del diluvio, donde leyó que Dios envió las aguas sobre la tierra para destruir a los que no le obedecían. Luego leyó sobre el derramamiento de fuego sobre Sodoma y Gomorra, la lluvia de plagas sobre Egipto, y la orden de Dios a los israelitas para salir y destruir a los amalecitas incluyendo a los infantes de brazos.

Eso era demasiado. El cerró el libro declarando que no podía amar ni servir a un Dios que podía manifestar tal crueldad, como lo vio descrito en esas palabras.

Qué triste en realidad que él leyera a través de

los ojos del entendimiento humano. Vio a Dios portándose como si fuera un hombre.

Con más frecuencia, los desastres están destruyendo la vida y la propiedad alrededor del mundo. Se considera siempre como la obra de un Dios que desahoga su ira sobre un pueblo que no le obedece, ni lo respeta, ni lo ama.

Esto es atribuir la conducta humana a Dios.

Esto no es hablar como Dios habla ni pensar como Dios piensa. Ninguno amaré y servirá a Dios, mientras piense de El en la forma limitada y superficial del hombre. Los mismos hechos de la vida lo comprueban. Los seres humanos están tan establecidos en la idea de que un Dios enojado está enviando todos estos problemas sobre la tierra, que ellos no cuestionan este concepto. Creen que El hace esto para corregir su desobediencia, pero esto no produce tal resultado. Cuanto más se sujetan a tal tratamiento, tanto menos aman a Dios y con más rebeldía siguen sus propios caminos.

Este es el resultado natural. Búsquese y véase si un potentado terrenal ganó alguna vez el amor y la lealtad de sus súbditos al infligir sobre ellos castigos severos por la desobediencia. El pudo haber adquirido un servicio deseoso, pero esto no es lealtad de amor. Por lo tanto, si Dios usa las tácticas que los hombres creen que usa, entonces es un programa contraproducente. En vez de ganar obediencia amorosa y alegre, El es recompensado en lo mejor con una lealtad servil y, en lo peor, con una abierta y flagrante rebelión.

Otra manera de pensar

Hay otra manera inspiradamente hermosa, estimulante, placentera y completamente diferente de pensar sobre Dios. Es la manera de Cristo. Con seguridad el tiempo ha llegado cuando los hombres necesitan hablar de Dios, no como un hombre, sino como lo hizo Cristo. Cuando los hombres aprendan a hablar de Dios como Cristo lo hizo, entonces el amor, el gozo, la admiración, la lealtad y la paz brotarán naturalmente del corazón humano. Entonces, Dios será verdaderamente visto como un Padre amante, no como un monarca despótico.

Cuando Cristo vino a esta tierra, tenía un número de misiones para cumplir. Una de la más importante de éstas era exponer la mentira en circulación con relación al maravilloso carácter de su Padre, y mostrarlo como realmente es. Invita a todos a ver, pensar y hablar de Dios como Cristo ve y habla del Padre, no como los hombres lo hacen.

Cristo reveló al Padre tan plenamente, que todo lo que los hombres pueden conocer o necesitan conocer acerca de El, se ha revelado en la vida y el carácter de su Hijo. No obstante, a pesar del magnífico nivel de perfección al que Cristo llegó, este aspecto de su ministerio divino permanece poco conocido y reconocido aún hasta el día de hoy. Ni aun los apóstoles de Cristo lo vieron. Fue por esta razón que Felipe dijo:

“muéstranos el Padre, y nos basta”.

Cristo fue grandemente frustrado por este rue-

go. Bien pudo ser, porque esto le decía que el propósito de su misión permanecía sin discernirse por los más cercanos a El, los que primero y los que más debieron haberlo visto.

“Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (*Juan* 14:8, 9).

Afirmó que si ellos hubieran visto a El y su maravilloso carácter de amor, entonces habrían visto al Padre. Esto es aseverar, muy verdaderamente, que Cristo no había venido solamente a declarar al Padre. El vino también a revelarlo o manifestarlo. Para hacer lo último o aun para lo primero efectivamente, El mismo tenía que ser perfecto y ser una reproducción completa del Padre. El era esto realmente.

Bastante tiempo antes de que esta conversación tomara lugar, Jesús ya les había informado que su vida era el reflejo perfecto de su Padre y que hacía sólo lo que el Padre hacía.

“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.

“Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis” (*Juan* 5:19, 20).

El punto esencial en la declaración de quien dijo

de sí mismo, “Yo soy la verdad” (*Juan 14:6*), es que no sólo Cristo hacía las cosas que el Padre hacía, sino que las hacía igualmente, o exactamente como el Padre las hacía. Los métodos, los principios de operación, los procederes del Uno, son precisa y completamente los del Otro.

Muchos han leído los registros del Antiguo Testamento y han visto a Dios como un ser enojado y vengador, que no piensa sino en derramar fuego líquido sobre las cabezas desamparadas de los que no se arrepentirían, siendo los sodomitas un ejemplo. Luego han leído la historia de Cristo, y viendo a un ser muy diferente del Dios que vieron en el Antiguo Testamento, han concluido que los caracteres de Dios y el de de Cristo son diferentes. Ven a Cristo como un ser gentil, amoroso, bondadoso, perdonador, humilde y paciente, como alguien que nunca tomó represalias contra sus enemigos. Independiente de cuán brutalmente lo trataran, cuán cruelmente lo rechazaran, cuán impiamente lo hostigaran, y cuán deshonorosamente mintieran acerca de El, a cambio, solamente respondió haciéndoles bien. Aunque invitado a destruir a sus rechazadores, no levantó nunca un dedo para hacerlo.

Decir que el Padre y el Hijo tienen caracteres diferentes es hablar como un hombre, porque esta no es la forma como Cristo habló. Con absoluta finalidad y autoridad, confirmó que El y su Padre eran del mismo carácter y realizaron las mismas obras de la misma manera.

Otra opinión

Los que ven como Cristo ve y hablan como El habla, conocen y hablan la verdad. Ellos no piensan más como hombres. Descartan todos los puntos de vista que una vez tenían contrarios al testimonio de Jesús. Esto indica que lo que pensaban y veían que Dios hacía en el Antiguo Testamento, tenía que ser cambiado por otro concepto diferente, por el nuevo que coincidiera con la revelación de Dios como se dio por su Hijo durante su ministerio terrenal. En realidad, esto es decir que la vida y las enseñanzas de Cristo son la medida por la cual toda noción acerca de Dios tiene que ser probada. Todo concepto sobre Dios el Padre, no importa cuán lógico y antiguo pueda ser, que de alguna manera difiera de los caminos de Cristo, ha de ser descartado como error. Esto tiene que ser hecho aunque al principio sea imposible ver dónde está realmente el error. Los que hacen esto ciertamente tienen conceptos correctos del carácter y caminos de Dios. Esto a su turno, traerá bendición y beneficio incalculables.

En esta corta publicación es imposible explorar toda idea errónea acerca del carácter de Dios que se haya extraído del Antiguo Testamento, pero se dedicará un espacio para una tal experiencia.

Durante siglos, Israel estuvo en cautividad en Egipto hasta que Dios, desde la zarza ardiendo, por fin llamó a Moisés para que fuera y condujera al pueblo a la tierra prometida. Muy explícitas fueron las instrucciones dadas al líder:

“Y Jehová dijo a Moisés: Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta.

“Tú dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón tu hermano hablará a Faraón, para que deje ir de su tierra a los hijos de Israel.

“Y yo endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas.

“Y Faraón no os oirá; mas yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré a mis ejércitos, mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios.

“Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto, y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos” (*Exodo 7:1-5*).

La historia continúa con la presentación de Moisés y Aarón delante del rey, demandando la libertad de los israelitas, el rechazo abierto de Faraón seguido por las plagas devastadoras una tras otra, hasta que azotado y golpeado, el rey se complació en dejar ir al pueblo. Esta es una historia familiar para muchos.

Los hombres han llegado a sus propias conclusiones acerca de cómo Dios actuó en este drama. Así es como lo ven los hombres que piensan semejante a los hombres:

Dios era el poderoso gobernante del universo. El tiempo llegó cuando decidió que los israelitas debían ser libres. Por consiguiente, con tono de autoridad, le ordenó a Moisés que pidiera al rey ponerlos

libres, con la amenaza de represalias directas si él se negaba.

El monarca rehusó, después de lo cual Dios lo golpeó duro al convertir las aguas del Nilo y las aguas en sangre en todo el país. Entonces Dios hizo una pausa, para dar tiempo al desafiante gobernante para que asintiera. Cuando él se negó a obedecer, el Señor lo golpeó otra vez. En cada rechazo y rebelión repetidos, Dios lo golpeaba hasta que al final fue literalmente azotado al sometimiento y no tuvo otra opción que ponerlos libres.

Esta es la forma en la cual los hombres entienden generalmente a Dios en la conducción de sus asuntos en esa situación.

Compárese este concepto de Dios con otra descripción.

En ciertas ciudades del mundo, tal como Chicago, U.S.A., hay poderosas organizaciones criminales que se consideran ellos mismos como los verdaderos gobernantes de las metrópolis. Ellos deciden que desean “pagos” de un cierto comerciante. Por consiguiente van a él y anuncian sus exigencias, intimidando que son el poder efectivo en el área, y haciendo claro que si él se niega a cumplir, lo golpearán duro. El hombre, sea porque tiene principios o no ha conocido todavía el poder de los “cabecillas”, se resiste. Después de lo cual ellos lo golpean con violencia. Pudieron golpear su carro, destrozar las ventanas de su almacén, o algo peor. Entonces le dan tiempo para que reconsidere. Si él persiste en su rechazo, ellos lo golpearán vez tras vez, hasta

que finalmente es abatido al sometimiento. No solamente el sindicato gana lo que desea de este hombre, sino que el incidente suministra una oportunidad para demostrar su poder, proveyendo así un ejemplo para intimidar a otros comerciante de la ciudad.

Estos métodos obran más que efectivamente. Pero la obediencia obtenida así no emana del amor y la apreciación a los jefes de pandillas. Más bien, son odiados y despreciados por sus métodos y sólo les obedecen porque no hay otra opción.

La pregunta crucial

Ahora surge esta pregunta: ¿Qué diferencia hay entre los métodos de los cabecillas criminales y los que se supone que Dios usó en la tierra de Egipto? Téngase cuidado para ver exactamente lo que es la pregunta. Ella se interesa en los métodos usados por el uno y atribuidos al otro. No está preguntando acerca de los motivos o carácter sino acerca de procedimientos.

La respuesta debe ser que no hay diferencia en absoluto. Si se retiene el entender común de la conducta de Dios en Egipto, entonces indica que los caminos de Dios, y el de los que viven del robo y la opresión, son idénticos.

Cuando yo presenté esta proposición a una persona muy bien educada, respondió rápidamente que los métodos usados por Dios eran realmente los mismos como el de los bandidos, pero que la inten-

ción de Dios era diferente. En otras palabras, mientras que los cabecillas usaron estas tácticas para fomentar sus fines egoístas, el Señor lo hizo todo por otros. Esto es argumentar que el fin justifica los medios, que los métodos usados por los criminales no se justificaron porque se hicieron por motivaciones egoístas, mientras que el uso de Dios de los mismos procedimientos se justificaron porque lo hizo por un motivo justo.

Pero las Escrituras no apoyan este razonamiento. Dios mismo declaraniega que sus caminos no sonsean lo mismo que los caminos del hombre. El nos asegura que son totalmente diferentes.

Aquí están sus palabras:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (*Isaías 55:8, 9*).

Lo que Dios dijo en estos versículos es la verdad, pero sólo si el concepto de Dios descrito antes, no es la verdad. Si Dios hizo en Egipto lo que se ha entendido haber hecho, entonces sus caminos no son diferentes de los peores hombres, y se hace a sí mismo un mentiroso al decir lo que ha dicho en esta cita. Pero Dios no es mentiroso. El es la verdad y sólo habla la verdad, por lo cual hemos de conocer que se demanda otra diferente comprensión de su conducta en Egipto.

No solamente este testimonio del Antiguo Testamento demanda tal revisión. La vida de Cristo, que hacía únicamente lo que el Padre hacía, exactamente como El lo hacía, niega abiertamente la versión popular de las acciones de Dios en Egipto. En ninguna parte en toda la vida de Cristo lo encontramos usando métodos para asegurar los resultados deseados. Es imposible hallar un sólo ejemplo porque éste no existe. No obstante, a la luz del testimonio de nuestro maravilloso Salvador, quien declaró que hacía sólo lo que el Padre hacía y como El lo hacía, le incumbe a los que eligen continuar creyendo que Dios actuó en Egipto como un opresor, quien logró sus fines por el uso de la fuerza, hallar una situación donde Cristo logró sus fines de la misma manera.

Esto no puede ser hecho. El único incidente que puede ser construido alrededor de este aspecto es la purificación del templo. Algunos puede objetar que Cristo amenazó a los cambistas con un azote, pero será mostrado que objetar de esta manera es hablar como un hombre y no como Cristo. Lo que Cristo realmente hizo, llega a ser claro cuando sea visto lo que Dios realmente hizo en Egipto.

Dones de amor

Siendo que el testimonio de Jesús no da apoyo al concepto popular de la conducta de Dios en Egipto, y siendo que Dios mismo ha testificado que sus caminos no son los caminos de los hombres, otro con-

cepto de las acciones de Dios en Egipto tiene que ser hallado; un concepto que sea estrictamente bíblico y en armonía perfecta con el testimonio de Jesús. Este tiene que hablar, no como un hombre, sino como Dios.

Las Escrituras de verdad testifican que “Dios es amor” (1 Juan 4:8).

Algo de la plena fuerza de este pasaje puede ser apreciado sólo cuando se vea que no solamente dice que Dios ama, aunque esto es verdad, sino que Él es amor. Es debido a que Dios es amor que El ama. Debido a que Dios es infinito, ilimitado, interminable y eterno, su amor es lo mismo. Es infinito. Esto significa que no hay un punto donde el final o límite de ese amor pueda hallarse. Por lo tanto, está escrito que en El “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

El amor humano es finito o limitado. Nosotros amamos mientras somos amados y luego nuestro amor comienza a morir. Puede y con frecuencia llega al punto donde la intensidad de nuestro amor se cambia por un odio y furia equivalentes. En esto, el camino de Dios es también diferente del camino del hombre. No importa cuánto rechazemos a Dios, lo despreciemos, luchemos contra El, lo insultemos o lo alejemos, su amor para con nosotros no cambia en el menor grado.

Una gran diferencia entre el amor divino y el amor humano es que Dios ama, no debido a lo que nosotros somos, sino debido a *lo que El es*, mientras que los hombres aman, no debido a lo que ellos son,

sino debido a lo que es la persona que aman. Este molde se pone sobre los humanos desde los primeros días, cuando los padres transmiten a los hijos la idea de que si ellos son buenos, el padre y la madre los amarán, pero si son traviosos, entonces ese amor será retirado. El niño absorbe rápidamente la idea y la practica en todas sus relaciones con otros niños. Si la conducta de un cierto niño se conforma a sus normas y deseos, entonces el amor regresa, pero si el niño no lo hace como se le requiere, entonces el amor es retirado. El único factor gobernando todo el proceder es la amabilidad de la otra persona, no la capacidad de la primera persona para amar a pesar de lo que la otra es.

La misma actitud y práctica acompaña la entrada a la edad adulta y al matrimonio. Los que pueden ser amados debido a lo que ellos son, se buscan, mientras que los otros se excluyen. La búsqueda llega a convertirse en exclusión, si ellos cambian en sus formas a un patrón que no suple más las necesidades y deseos de los que aman.

Debido a que los hombres tienden a juzgar a Dios por sus propias experiencias y lo hacen totalmente como uno de ellos mismos (véase *Salmo* 50:21), así mismo es visto como uno que nos ama sólo mientras somos amablemente obedientes a sus requerimientos. Pero el hecho permanece que no importa cuán desobedientes y antipáticos lleguemos a ser nosotros, esto no hace ninguna diferencia en su amor para con nosotros. Hace una diferencia, por supuesto, en la accesibilidad a ese amor, porque el

mismo acto de desobediencia es un acto de separación por parte nuestra. Pero esta separación de nosotros no debe confundirse como una separación del amor por parte de Dios.

Amor infinito es desinterés infinito. Sólo es enteramente extrovertido. Por consiguiente, cuando el Señor hizo los cielos y la tierra, no los hizo para sí mismo. Los hizo para las criaturas que creó. Los hizo para ti y para mí, y para toda otra persona que alguna vez haya vivido. Considérense entonces las necesidades creadas que el Señor contempló cuando trajo a la existencia todas las cosas vivas.

Cuando Dios planeó presentar a la familia humana con el don de amor de la vida, reconoció que eso no era suficiente. Imagínese que se da la vida, pero no un hogar, luego dejándose a la deriva eternamente por todo el infinito espacio vacío y fría oscuridad con nada para ver, con nadie para comunicarse, y nada para hacer. No se preferiría la existencia. Esto sería una vida muerta de la peor forma.

Por lo tanto, Dios, en su infinito amor y sabiduría, se propuso crear primero que todo el don del amor de un hogar perfecto. El hizo esto en los primeros días de la semana de creación. Pero, aun esto no era suficiente, porque la tierra no podía ser un hogar satisfactorio y proveyendo posibilidades infinitas para el desarrollo y el logro, a menos que se equipara con los poderes necesarios. Los poderes referidos son los de afuera del hombre y los de adentro de él. No se necesita una lista completa

aquí. Todo lo que necesitamos es unos pocos ejemplos para ilustrar el punto.

Dentro del hombre están los poderes físico, muscular, intelectual y espiritual. Afuera están las poderosas fuerzas de la naturaleza, tales como la electricidad, el sol, la gravitación y miles más. La provisión de poderes creó un problema, porque aunque se dieron solamente con el propósito de bendición y felicidad, contienen la cruel potencia de temible destrucción. Esta es la naturaleza misma del poder. Es imposible que el poder exista sin que tenga su capacidad para bendecir o para destruir. Esta es una verdad patente, la cual se demuestra cada día.

La infinita sabiduría no podía pasar por alto el problema, y el infinito amor no lo dejaría sin resolver. Un curso abierto para Dios era programar la mente humana para que automáticamente sólo escogiera el curso correcto. Si esto era lo mejor que la mente de Dios podía concebir, entonces esta es la forma que habría sido. Pero adoptar estas medidas para proteger a la familia humana contra el mal uso del poder, habría significado la privación de la habilidad para elegir y, por lo tanto, del poder para pensar. Esto habría limitado, impedido y detenido las más altas y ricas satisfacciones de sus deseos y ambiciones. Los habría restringido a un nivel menos que el del reino animal.

Si Dios hubiera dado al hombre la oportunidad de elegir una solución, ésta no fuera la que él habría escogido. Hoy, los hombres más bien morirían

que vivir en esclavitud. Más de una organización ha adoptado el eslogan, “Libertad o Muerte”.

Una solución debía ser hallada para suministrar protección perfecta de cualquier uso peligroso del poder y, sin embargo, en ninguna manera negar la libertad de elección y pensamiento del hombre. Esto requería formular leyes perfectas cubriendo todo aspecto posible de la existencia física, mental, moral, material, científica y espiritual del hombre. Ni los primeros padres ni ninguno de sus hijos tenían el poder o la sabiduría para resolver este problema de suplir la necesidad. Dios, por supuesto, lo hizo. En su infinita sabiduría y amor, se complació en dar tal don completo y bendito como las leyes de su reino.

Es una tragedia de las más graves proporciones que los hombres vean solamente parte de la ley como Dios la designó que fuera. Esas áreas de la ley que tienen que ver con la relación del hombre para con sus semejantes y Dios, se consideran por la mayoría como una estrategia inventada por Dios para forzar su adoración. Nada podía estar más lejos de la verdad, y que privara más a los súbditos creados de Dios. Mientras tales conceptos se mantengan, sea por ignorancia total de la verdad real o por la resistencia obstinada a la luz, el verdadero carácter de Dios no puede verse, ni puede obtenerse una relación real con El. Por lo tanto, la realización plena del propósito destinado por Dios a la extrema satisfacción y felicidad del hombre, tiene que hallar su comienzo en la corrección de estas ideas distorsionadas.

Curiosamente, y como es usual, los conceptos sostenidos son una mezcla interesante de la verdad y el error. Existe una voluntad lista para reconocer y utilizar la ley en el campo natural, especialmente en el científico. Al investigar se gastan millones anualmente por las universidades, gobiernos y casas comerciales en la búsqueda de una mejor comprensión y un aprovechamiento de los poderes de el universo conforme a la ley. Estudiantes bajo entrenamiento por varios profesionales se educan en la importancia estricta de obedecer la ley para llevar a cabo sus profesiones propuestas. Considérense, por ejemplo, las aparentes regulaciones interminables con las que un capitán de aerolíneas tiene que cumplir. Los abusos rápidamente atraen una severa acción disciplinaria o la pronta destitución. Las operaciones de líneas aéreas son conducidas así, porque las autoridades están perspicazmente conscientes de que la obediencia a la ley es la protectora y preservadora de la vida. Ellas conocen esto y sobre la cual nada tienen que discutir.

Trágicamente, mientras que hay una disposición para reconocer el valor inmenso e indispensable de las leyes científicas, hay un fracaso en conectar estas leyes con el Dador de la vida. El hombre las ve simplemente como algo que se desarrolló de la nada, que elevará su nivel de vida a las alturas y le dará poder para producir temor en sus enemigos. Esta deficiencia de comprensión incurre en inmensa pérdida, porque Dios no es solamente el Dador de la vida. El es también el gran Maestro que an-

hela iniciar sus hijos en comprensiones más profundas y amplias de estas cosas. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (*Proverbios* 9:10). El es infinito en conocimiento y sabiduría, la que está listo para impartirla a todos los que recibirán sus instrucciones. Si la raza humana hoy aprendiera solamente de El en lugar de intentar ganar todo conocimiento a través de sus propios poderes, estaría enormemente más avanzada y beneficiada de lo que está en el presente.

Pero, cuando esto se aplica a la ley moral, la actitud del hombre es deplorable. El se muestra demasiado dispuesto a restringir a otros, mientras que se excusa de las mismas obligaciones. Los hombres revelan por sus acciones que desean una ley que los proteja de los otros hombres, pero no una ley que proteja a los otros hombres de ellos. Pero la ley está destinada a proveer a cada hombre con la misma protección imparcial y perfecta. Ella nunca favorece a unos con ventajas sobre otros.

No hay un mandamiento hecho por Dios para su propia exaltación, interés o bendición. Para algunos esto puede parecer increíble, pero es la verdad. La mente humana opera sobre el principio de que la posesión de gran poder es la oportunidad para gozar libertad a expensas de otros. Por lo tanto, se concluye que, puesto que Dios tiene poder infinito, lo usa para exaltarse a sí mismo y satisfacer sus propias ambiciones y deseos.

Pero Dios no es un hombre. Sus caminos son contrarios a los de los habitantes de esta tierra, quienes

se han separado de los pensamientos y los caminos de Dios.

Considérese el primer mandamiento. “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Cuán rápido esto se interpreta como una orden de Dios asegurando que su posición es plenamente reverenciada, para que se le conceda el respeto y adoración que considera como justamente suyos. El mandamiento se ve como hecho para el beneficio de Dios y no para el beneficio del hombre.

Pero esto no es así. Esa estipulación es para el ser creado solamente. Dios no la necesita, ni el amor desinteresado aun piensa en protegerse a sí mismo. Un momento de reflexión rápidamente muestra cuánto necesitamos nosotros para llevar ese mandamiento en mente.

Dios es el creador de los cielos y la tierra. Pero esto no es todo. Momento tras momento, guía y sostiene personalmente todas estas poderosas órbitas y poderes en sus cursos correctos proveyéndolos de energía para que continúen. Solamente El puede hacer esto. Si otro ser reemplazara a Dios, entonces, con la fuente de vida y energía agotada, la destrucción sería el único posible resultado.

El sol por ejemplo, es una poderosa planta de poder que tiene que ser continuamente energizada por Dios, porque él mismo no puede autosustentarse infinitamente. La vida de nuestro planeta se extinguiría si el sol dejara de realizar sus funciones ordenadamente. Por lo tanto, es vitalmente importante que Dios no debe ser destituido de su posición

como director del sol. Algunos objetarían que nosotros no tenemos el poder de remover a Dios de esta función. Es verdad que nosotros no lo tenemos físicamente, pero hay una manera por la cual los seres humanos pueden desplazarlo. Puede ser hecho porque Dios nunca forza su presencia donde ésta no es deseada.

Cuando los hombres muestran por la obstinada rebelión que no sienten necesidad de Dios y, por lo tanto, desean que El los deje para manejar sus propios asuntos, Dios no argumenta con ellos. El acepta sus demandas insistentes y las deja como estén solicitadas. Los rechazadores de su amor y misericordia entonces se hallan en medio de los poderes que han salido del control de la mano de Dios.

Considérese lo que esto significaría con relación solamente al sol. Lo que exactamente hubiera sucedido no lo sabemos, pero podemos ilustrar las varias posibilidades sin hallar una que permitiera nuestra supervivencia. Podía simplemente opacarse o explotar. Podría virar fuera del espacio o ser lanzado para chocar con la tierra. Cualquiera cosa que pudiera suceder, la tierra dejaría de sustentar toda clase de vida.

No ha habido todavía una situación donde cada ser humano tome tal posición contra Dios, excepto en áreas limitadas. Sodoma y Gomorra fueron ciudades donde esto pasó y la misma situación se desarrolló en el rebelde Egipto.

La vara de Moisés

Durante toda la vida de José, se habían abierto los ojos a los egipcios para contemplar el amor y poder de Dios obrando para su salvación. El poderoso gobernante había obedecido las instrucciones de Dios dadas por medio del joven, y Egipto llegó a ser la nación más poderosa sobre la tierra. Pero la prosperidad trajo la apostasía, y pronto se olvidó de Dios. Año tras año, a pesar del amor y del cuidado de Dios, la nación se alejaba más y más de El. Al hacerlo así, se acercaba más y más al punto donde Dios sería completamente rechazado y obligado a deponer su control de los grandes poderes de la naturaleza, dejándolos así a su suerte. Pero un Dios infinitamente amoroso no haría esto sin que primero diera al rey una clara amonestación de lo que iba a suceder. Así que envió a Moisés con la vara en su mano para demostrar lo que estaba por desarrollarse.

Moisés permanecía ante la presencia de Faraón como representante de Dios. El hacía lo que Dios le decía que hiciera, proveyendo así a Dios con los medios por los cuales podía decir al rey lo que estaba por acontecer.

La vara de Moisés era un símbolo de los poderes que Dios había puesto en la naturaleza y en el hombre. Así como Moisés sostenía y conducía ese bastón, así también Dios sostenía y controlaba estos poderes. Cuando la vara salía de la mano del profeta, se convertía en serpiente, el símbolo bien conocido de Satanás, el destructor.

El primer paso era exigir al arrogante rey que diera la libertad a Israel. Esta era una invitación de amor al arrepentimiento y a la obediencia. Fue pronunciada en el contexto de impedir el desastre que enfatizaba la necesidad de dar urgentemente tales pasos. El fracaso por no aprovechar la oferta hecha, abriría las compuertas de desgracia sobre ellos, hasta que el rey fuera privado del poder para retener más a sus esclavos.

Para que la obra de Dios tuviera éxito en salvar a los egipcios y dejar libre a su pueblo, tenían que darse al rey claras revelaciones de lo que Dios realmente haría. Tenía que mostrársele que las aflicciones que estaban por descender sobre ellos no eran obra de la mano de Dios, sino que eran las consecuencias inevitables e imprevisibles de poner a un lado la ley como preservadora de la vida. Para enseñarle eso al rey, se le presentó toda la parábola representada en las varas y las serpientes. Todas las cosas dependían de su capacidad para leer el mensaje en ello, y luego de su deseo de caminar en armonía con ese mensaje. Así mismo hoy, todo depende de nuestra capacidad para ver lo que Dios proponía que el rey viera, y caminemos en conformidad con eso.

La lección es tan clara como simple. Mientras la vara permanecía en la mano de Moisés, nunca fue una serpiente mortal. Para convertirse en serpiente, ella tenía que salir de sus manos y fuera de su control. Todo el tiempo que permanecía fuera de su mano y control, ella continuaba siendo

una serpiente, pero en el momento que la empuñaba otra vez, era vara una vez más.

La verdad no podía haberse expuesto más claramente. Con infortunio, el mensaje se perdió para el rey, pero no necesita que se pierda para ti y para mí hoy. Lo que el Señor deseaba transmitir al rey era esto:

Dios decía, “Faraón, poderoso rey de Egipto, hasta el tiempo presente, a pesar de la creciente apostasía que a ti y a tus súbditos he señalado, la vara del poder ha estado todavía en mi mano y bajo mi control. Debido a esto, el destructor no ha pasado por todo tu país. Tú has gozado de estupenda prosperidad y bendición. Has hecho lo máximo en cada oportunidad para llegar a ser la nación más poderosa de la tierra. Pero diariamente te separas más de mí, destruyendo las mismas leyes que te di en amor para preservarte. Has impuesto que la brecha de separación se ensanche y se profundice, hasta que yo sólo retenga el tenue dominio de los poderes que te di en la naturaleza y en vosotros mismos. Ahora suplico contigo por el arrepentimiento de tu reincidencia. Como una demostración de tu voluntad para obedecerme ahora, y vivir por las leyes que garantizan tu existencia, deja salir a los israelitas. Yo no deseo verte despedazado y destruido por los terribles sufrimientos que están por llegar sobre ti y sobre tu pueblo. Pero si rehusas arrepentirte, este acto cortará el último y débil asidero que tengo sobre estos poderes. Ellos saldrán de mis manos y cuando lo hagan, llegan a ser ele-

mentos de terrible destrucción. Pero sé que aun cuando lo hagan, yo puedo extender mi brazo y tomarlos otra vez. En el instante que lo haga, ellos dejan de ser destructores y llegan a ser una vara de bendición otra vez.”

Con ese maravilloso y constante anhelo amor Dios suplicó al corazón obstinado del arrogante rey. Con qué orgullo y desdén, el monarca rechazó el excedente de semejante amor invariable. Su respuesta fue llamar a los hechiceros del reino, y quiso que ellos echaran sus varas. Aparentemente, ellas se volvieron serpientes también, pero en vez de ser la una para con una situación, era un caso de muchas contra una. Al parecer, las serpientes de Faraón fácilmente consumirían la serpiente proveniente de la vara de Moisés.

¿Qué estaba el monarca realmente diciendo? El estaba diciendo que no tenía la menor necesidad de que Dios mantuviera esos poderes en control. El era bien capaz de vivir en plena independencia de Dios. Que Dios deje libre la vara. Que ella se convierta en una serpiente de destrucción. Faraón tenía poder a su disposición más que para afrontar los poderes que Dios había soltado de su mano.

Esta es todavía la actitud del hombre. Cuando el problema parece sumergirlo, él recurre a sus propios recursos para contenerlo. Si es que se piensa en Dios, es solamente como un último recurso y, tan pronto como el problema pasa, Dios es olvidado. Pero los hombres no pueden manejar los poderes de Dios que están fuera de su control y dirección.

Cuando los poderosos huracanes irrumpen desde los océanos inundando la tierra y despedazando los edificios, no hay absolutamente nada que el hombre pueda hacer para detenerlos. Ellos recorren su camino completo. Igualmente con los terremotos, erupciones volcánicas, conflagraciones y cosas semejantes. El hombre no los puede resistir o contener.

Tampoco podían las serpientes de Faraón controlar la serpiente de Moisés. Ella rápidamente se comió a todas las serpientes de Faraón y permanecía inagotable y vigorosa todavía como siempre.

Dios nunca podía transmitir el mensaje más claramente de lo que lo hizo aquí, ni el rey podía haberlo rechazado más completamente.

El día siguiente, con la vara, Moisés señalaba el sitio desde donde la presencia de Dios sería primero retirada, así que el rey no podía evitar conocer lo que Dios había profetizado que sucedería y pasaría, y no sólo era una coincidencia.

Durante la caída de las plagas, Dios con ansiedad y amor, mantuvo abierta la puerta de la misericordia. Siempre estaba listo y deseoso de volver a tomar el control de esas fuerzas que afligían a los egipcios. Pero El podía hacer esto solamente si ellos se arrepentían y daban el trabajo de regreso a las manos de Dios. Faraón, compelido a reconocer que ni él ni sus hechiceros tenían un poder para controlar esos elementos de destrucción, tomó ventaja del carácter de Dios. Cuando la terrible presión estaba sobre ellos, Faraón hizo grandes promesas a Dios y

le pidió por medio de Moisés que alejara las plagas. En respuesta, Dios se inclinó y tomó la serpiente por la cola, e inmediatamente llegó a ser una vara otra vez. Tan pronto como el problema pasaba, volvía la confianza de Faraón y olvidaba sus promesas a Dios.

El hombre es todavía lo mismo. Cuando es doblegado por la fuerza a las puertas de la muerte más allá de su control, en el terror del momento apela a Dios por la liberación mientras le hace estupendos compromisos. Entonces, tan pronto como el problema pasa, él olvida todas sus promesas y vuelve a sus caminos de iniquidad.

En 1846, un barco de vapor transportaba pasajeros de Portland, Maine, a Boston, Massachusetts, en los Estados Unidos. Una salvaje tempestad azotó con una furia el Atlántico, amenazando las vidas de las personas que se hallaban a bordo. Un pasajero describió la escena de la manera siguiente:

“Nosotros estábamos en gran peligro. La barca se balanceaba temiblemente, y las olas salpicaban en las ventanas de la cabina. Había gran temor en las damas de la cabina. Muchas confesaban sus pecados y lloraban y clamaban a Dios por misericordia. Algunas invocaban a la virgen María para que las guardara, mientras que otras hacían votos a Dios que si llegaban a la orilla dedicarían sus vidas a su servicio. Era una escena de terror y confusión. . . .

“Por la misericordia de Dios todos desembarcamos seguros. Pero algunos de los pasajeros que

manifestaron mucho temor en la tormenta no hicieron referencia a ello, sólo trataron con ligereza sus temores. Una dama que con solemnidad prometió que si era preservada para ver tierra sería una cristiana, burlescamente exclamó cuando dejó la barca: ‘¡Gloria a Dios, estoy feliz de caminar sobre tierra otra vez!’ Le solicité que retrocediera unas pocas horas atrás, y recordara sus votos a Dios. Ella partió de mi lado con una burla.

“Yo recordé enérgicamente de un arrepentimiento de última hora. Algunos se sirven a sí mismos y a Satanás durante toda su vida, y entonces cuando la enfermedad los oprime, y una terrible incertidumbre está ante ellos, manifiestan un pesar por sus pecados, y tal vez dicen que están dispuestos a morir, y sus amigos se persuaden de que se han arrepentido verdaderamente y se han preparadron para el cielo. Pero si se recuperaran de estas cosas, ellos serían tan rebeldes como siempre”.

Así fue con ese poderoso potentado egipcio. Cuando la presión estaba sobre él, parecía arrepentirse, pero cuando se recuperaba, mostraba que no había separación genuina del pecado. Cada prevaricación tenía un efecto adverso en su mente y carácter, endurecía su corazón notablemente y, de este modo, se hacía menos y menos capaz de rendirse a Dios. A su turno, esto separaba a Dios del control de las fuerzas en derredor de la nación, con el resultado de que una nueva plaga estallaba sobre ellos. Finalmente con el décimo azote, cuando el primogénito yacía muerto, el rey fue tan que-

brantado, y su tierra tan destrozada, que no tenía más poder para retener a los israelitas.

Pero ninguna de esas aflicciones cayó sobre ellos porque Dios tuvo el control de los elementos aflictivos. Sólo fue cuando el control había salido de sus manos, que ellos podían y llegaban.

Esto es completamente contrario a las formas de los jefes criminales de Chicago. Solamente cuando las armas de destrucción están en sus manos y bajo su control, sus víctimas experimentan dolor y sufrimiento. Por otra parte, cuando las fuerzas están en la mano de Dios y bajo su control, nunca pueden ser destructoras.

A la luz de abundante evidencia revelando lo que Dios realmente hizo en Egipto, es sorprendente cómo los hombres han leído mal los registros del evento. Dios tomó gran cuidado a través de la parábola de las varas y las serpientes, para declarar exactamente lo que haría en Egipto. Dios no es un mentiroso. Lo que dijo que haría es lo que El hizo.

Hizo claro también que El no obra como el hombre obra. El hombre usa la fuerza para lograr sus fines, pero Dios no.

Para confirmar fuera de duda la veracidad de estos testimonios del Antiguo Testamento, Cristo vino a dar una declaración y demostración personal del carácter y de los métodos de su Padre. Sus perseguidores lo trataron exactamente como Faraón hizo a Dios, y Cristo respondió precisamente como su Padre lo hizo.

Ellos lo injuriaron, lo burlaron, lo azotaron, lo

escupieron, le cargaron una cruenta cruz sobre su espalda y lo colgaron en ella. No obstante, no hay rastro de un espíritu de represalia. Cristo no extendió su mano para tomar las armas del poder para controlarlas y dirigir las a la destrucción mortal de sus enemigos como pudo hacerlo fácilmente. Su única respuesta fue exclamar con amor y piedad inexpressables, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (*Lucas 23:34*).

Por qué no antes

Creer que Dios sometió a los egipcios por la fuerza para efectuar la liberación de su pueblo, es dirigir por implicación una terrible acusación contra el Señor. Es acusarlo de dejar sufrir deliberadamente y con dureza a los judíos durante siglos, cuando podía haberlos liberado mucho antes de lo que fuera.

El que está en posesión del poder omnipotente, lo usa como un medio de ejecutar su voluntad, y puede hacer lo que desee cuando quiera. Si esta es la manera de Dios como muchos suponen, entonces cada día que los israelitas continuaran en servidumbre, era debido a que Dios escogía no liberarlos. Durante siglos, ellos fueron sometidos a una esclavitud brutal, toda la miseria de la cual Dios debió ser responsable por fallar en ejercer su gran poder en cualquier momento elegido para ponerlos libres. Dios no podía ser un Dios de amor y al mismo tiempo comportarse de esta manera.

La verdad es que Dios mismo se ha comprometido-

do a nunca resolver problemas por el uso de la fuerza. Por lo tanto, la fecha para la liberación de los israelitas sería determinada, no por decisión propia de Dios, sino por los efectos de la profunda apostasía egipcia. Esto produjo una separación de Dios que soltó los poderes destructores sobre ellos hasta que hubo destruido su capacidad para detener a sus esclavos. Entonces y sólo entonces, pudieron los israelitas salir libres. Cuando estos principios son comprendidos, no será visto problema en el hecho de que los israelitas fueran dejados en servidumbre por tanto tiempo.

Dios no se desviará de sus caminos porque sabe que el uso de la fuerza es contraproducente. Si su principio fuera gobernar por la fuerza, entonces habría extirpado la rebelión de la existencia tan pronto como se manifestó inicialmente. No habría habido largo período de pecado en este mundo.

Pero se le permitió al pecado continuar su curso hasta que últimamente se destruya a sí mismo y con todo lo que se adhiera a él. Entonces el Señor será libre para hacer nuevos cielos y nueva tierra sin peligro de su contaminación.

Purificación del templo

En los primeros días de su ministerio, Cristo purificó el templo de cambistas y vendedores. La historia se relata en *Juan 2:13-22*. Su alma fue conmovida en lo profundo por lo que vio. “Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos,

y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas” (Versículo 15).

Esta historia puede fácilmente entenderse mal, así como la historia de las plagas de Egipto, y esencialmente lo es. Sin duda, la simple explicación se acepta como si Cristo realmente amenazara azotar a esos hombres y lo hubiera hecho, si ellos no le hubieran obedecido.

Pero si así lo hubiera hecho, ¿entonces cuál habría sido la diferencia entre su conducta y la de los señores de la pandilla criminal? ¿En dónde podía El reclamar que sus caminos y los del hombre son diferentes?

Estas preguntas exigen que debe hacerse otra consideración sobre este incidente para ver lo que realmente sucedió. Esta es la contraparte en el Nuevo Testamento de la historia anterior en el Antiguo Testamento. Lo que Dios hizo a Faraón, Cristo lo hizo a los cambistas. Esta es otra dramatización divina de sostener y controlar el poder. El marco y las acciones son levemente diferentes, pero el mensaje es el mismo.

La diferencia más significativa consiste en el hecho de que mientras Moisés permitía que la vara saliera fuera de sus manos y control, Cristo no perdió el dominio sobre el azote.

Los eventos que sucedieron en cada uno de estos casos fueron exactamente consistentes con las acciones de Moisés y de Cristo. Egipto sufrió las calamidades inmediatas cuando Moisés, al soltar la vara, indicaba que lo serían. Sin embargo, Cristo

en el templo les aseguraba que aún había tiempo para el arrepentimiento, porque tenía el control sobre el azote. De este modo, ningún desastre los sobrecogería durante su permanencia terrenal. La acción de Cristo era también una amonestación del peligro de que la apostasía inadvertida lo compeleería a dejar su control. Si esto sucedía, entonces la experiencia de los egipcios sería también la de ellos. Es un asunto de historia que ellos rehusaran arrepentirse. Ellos directa y desafiantemente volvieron la espalda a Dios, y la vara se convirtió en serpiente, como se evidencia por la devastación y la matanza en Jerusalén en el año 70 d.C.

No había posibilidad de que Cristo los azotara con el azote. Ese no era su propósito al levantarlo. Con amenaza pendía sobre ellos, pero, mientras estuviera en las manos de Cristo, nunca los tocaría. Para los judíos lo importante era que se mantuviera allí donde nunca pudiera herirlos ni destruirlos.

De este modo, cuando se hace una comparación cuidadosa entre las acciones de Dios en Egipto y las de Cristo en el templo, es claro que Cristo habló la verdad cuando dijo que El hacía todas las cosas que el Padre hacía, exactamente como el Padre las hacía.

El testimonio de la cruz

La cruz es la completa revelación de Dios y de Satanás, y sus respectivos principios de operación. La naturaleza de la lucha que se libró en la cruz

permitió nada menos que la entrega total por las dos partes. Nada podía quedar en reserva.

El disfraz usado por Satanás para anular su identidad real fue quitado, así como lo fue la máscara que había puesto sobre el nombre y el carácter de Dios para representarlo falsamente delante del universo. De esa lucha titánica, el maligno emergió para ser visto como realmente era, un ser tan totalmente dedicado al servicio de sí mismo, que aun sacrificaría la vida de Uno que lo había creado y le había dado todo lo que tenía. Exhibió el espíritu que él ya había puesto y manifestado en los reyes criminales de la tierra. De la manera como trató a Cristo, es su ejemplo de cómo tratará a todos los que no sirven a Dios.

¡Qué profundamente agradecidos nosotros podemos estar de que éste no es el carácter de Dios! ¡Bien podríamos temblar de terror si lo fuera! Dios y Cristo son motivados enteramente por otro principio, el servicio del amor abnegado. Ellos servirán a todos, no importa lo que pueda ser el sacrificio para ellos mismos. No hacen un ejemplo de los que no obedecen a ellos. En cambio, Dios y Cristo hacen un ejemplo de ellos mismos mostrando que, lejos de pedir y quitar la vida del pueblo, ellos dan la suya.

La ropa de Cristo está realmente teñida en sangre, su propia sangre. Satanás tiene también una ropa teñida en sangre, la sangre de otros. Cuán totalmente opuestos son los dos. Cuando se hace una comparación cuidadosa entre los caminos de los hombres y de Satanás, se halla que son idénticos,

pero nada de esos principios y procedimientos pueden ser hallados en la vida de Cristo o en la de su Padre, excepto cuando se han acusado equivocadamente.

Más que esto, la forma en la que Cristo murió es prueba absoluta de que Dios no destruye al pecador. En el jardín del Edén, el hombre escogió ir por su propio camino. El desobedeció la ley de amor, poniendo así a un lado la preservadora de su vida, y exponiéndose a sí mismo a los fatales resultados de la ley quebrantada. El mismo día que hizo esto, habría muerto como Dios dijo que sería, a no ser por una cosa. En el instante que el hombre transgredió, Cristo se colocó entre los vivos y los muertos y dijo: Que el castigo caiga sobre mí.

Para poder recibir y llevar en nuestro favor el castigo que de otro modo hubiera destruido a cada uno de nosotros, El vino a esta tierra. Este es el punto crítico. Cristo no vino a llevar cualquier castigo, sino solamente en el que el hombre había incurrido. Tiene que ser completamente obvio que si Cristo faltó en llevar nuestro castigo aun en lo más mínimo, entonces no podríamos ser salvos. La penalidad tenía que ser afrontada plenamente.

Hay dos conceptos que se enseñan de la manera en la cual el penitente afronta su condenación. El común es que un Dios impaciente usa su poder omnipotente para purificar el universo de los desobedientes. En esta enseñanza, el golpe real de la muerte es administrado por Dios.

Si esto es verdad, entonces esta era la formamane-
nera en la que Cristo había de perecer porque tenía

que morir nuestra muerte. Si nuestra muerte es ejecución en las manos de Dios, entonces el Padre tenía que ejecutar a su Hijo.

El otro concepto es que el pecador se separa de Dios. Consecuentemente, Dios no puede mantener un control adecuado de las fuerzas en el pecador y en su derredor, con el resultado de que él es destruido por su propia pecaminosidad.

Si esto es verdad, entonces esta es la forma en la cual Cristo tenía que morir.

De esto es evidente que la forma en la cual Cristo murió es clara prueba de la formamaneira en la cual el pecador no arrepentido perecerá. Con infortunio, no existe misterio alrededor de la muerte de Cristo. Esta aconteció en plena vista pública y aún he de encontrar a la persona que enseñaría que el Padre descendió a la cruz y personalmente ejecutó a su amado y unigénito Hijo. No sucedió de esa manera.

Cristo mismo da testimonio de lo que sucedió. En el momento final, El exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (*Mateo 27:46*). ¡Aquí no hay testimonio de que Dios se acercara con armas asesinas en sus manos! En cambio, El se separó de Cristo como se separa de todo pecador no arrepentido. Cristo mismo no fue un pecador, sin embargo, habiendo aceptado el peso de los pecados del mundo, se colocó en el lugar de todo transgresor. Tan ciertamente tomó esas iniquidades que fue como si hubiera cometido cada pecado El mismo. Fue ese peso de desgracia lo que lo separaba de su

Padre. Separado de Dios, totalmente a merced del destructor, el pecado, Cristo murió.

Exactamente de esa misma forma murieron los egipcios, los sodomitas, los antediluvianos y toda otra persona que haya sufrido la pena de muerte. De este modo, el pecado, en el fin del milenio, borrará a los que rechacen la oferta de liberación de su poder

Conceptos más elevados y santos

Dios es amor. Su carácter, su ley, son amor. Todo acto de creación, toda planta hecha, y cada paso dado en la obra de la redención, es una expresión de ese atributo incomprensible que impregna todo aspecto y elemento de Dios y su conducta.

Los caminos de Dios son invariables, sus principios inmutables. Cuanto más son comprendidos, tanto más afectuosa y profundamente son apreciados. Ese amor, percibido y recibido, inundará el alma de luz y belleza. Se generarán respuestas que armonizarán con los pensamientos del Eterno. El recipiente se iniciará en el brillante círculo de vida y encanto que emanará eternamente del trono del Omnipotente, como un canal viviente a través del cual esta brillante corriente alcanzará a otros y por medio de ellos a otros más todavía. ¡Con qué asombro y alegría entrarán los redimidos en el gozo del su Señor! Así que morar en la luz que fluye del Eterno, es felicidad sin par, gozo sin parangón

No se imagine que esto no será sino hasta el

regreso de Cristo y el establecimiento del reino eterno de alegría y felicidad. Para el verdadero hijo de Dios, el cielo ya ha comenzado. El amor de Dios mora en su corazón y el carácter de Dios se expresa en su vida. Día tras día él aprende a pensar y hablar de Dios como Cristo, quien mejor lo conocía, pensaba y hablaba de El.

Es una tragedia de inmensurables proporciones, que, desde la caída, las mentes humanas se han opacado por las falsas concepciones más graves del carácter de su amante Padre celestial. Esta es la causa directa de los dolores y los sufrimientos que han sobrecogido a la familia terrenal. La tendencia es a que los hijos copien la conducta de sus padres. Así que cuando Dios es visto, aunque erróneamente, como un ser que usa el poder a su disposición para forzar la obediencia y adoración, entonces los hombres imitan el ejemplo, oprimiendo a sus semejantes. Esto produce contramedidas para resistir y vencer estas presiones. Inevitablemente esto conduce a la guerra, al terrorismo, al homicidio y a miles de otras miserias. Obsesionados con la protección de sus propias vidas y propiedades y la realización de sus ambiciones, los hombres persiguen estos objetivos independiente de lo que pueda ser el costo exigido de otros.

Pero si ellos dejaran de pensar como hombres, para entender en cambio el verdadero carácter de Dios, entonces serían motivados para imitarlo. El interés principal entonces sería, no servir al yo sino servir a otros, no importa lo que cueste a ellos mis-

mos. Si este fuera el espíritu llenando y motivando a cada individuo como lo hizo Cristo, nunca habría una guerra, homicidio, opresión o cosa semejante.

El tiempo ha llegado para no pensar más como un hombre sino como Cristo, quien nos mostró al Padre como El realmente es. Cuando la visión de Dios como se produjo por Cristo sea verdadera y plenamente vista, entonces se abrirán a todos los que la contemplan, los tesoros de salvación y redención. El corazón de todos será hecho gozo porque la Escritura dice:

**“Y esta es la vida eterna:
que te conozcan a ti, el único
Dios verdadero, y a Jesucristo,
a quien has enviado.”**

(Juan 17:3)

Para un estudio adicional recomendamos los libros siguientes:

De la Esclavitud a la Libertad	F. T. Wright
Los Vivos y los Muertos	F. T. Wright
Confesión Aceptable	F. T. Wright
Justicia Viviente y el Sábado de Dios	F. T. Wright
Los 144.000	F. T. Wright
Los Tres Templos.	F. T. Wright
La Venida de Cristo Demorada — ¿Por Qué?	F. T. Wright
La Iglesia de Dios no Es Babilonia	F. T. Wright
Afrontando el Juicio — ¿Estas Listo?	F. T. Wright
Justificado — por Fe!	F. T. Wright
Ved Aquí al Dios Vuestro	F. T. Wright
Reposo del Sábado de Dios.	F. T. Wright
Salvación del Niño	F. T. Wright
Reavivamiento y Reforma	F. T. Wright
Los Siete Angeles	F. T. Wright

El camino Consagrado a la Perfección Cristiana	A. T. Jones
Individualidad en Religión.	A. T. Jones

Carta a los Romanos	E. J. Waggoner
-------------------------------	----------------

Estos libros están también disponibles en otras lenguas:
inglés, alemán, francés, portugués y rumano.